

Los años de súper 8 - Annie ERNAUX Extracto «España 1980»

Traducción de Lydia Vázquez

Acababa de terminar y enviar a mi editor *La mujer helada*, cuando salimos de viaje a España en el verano de 1980, con los chicos ya adolescentes, que llevaban camisetas de Iron Maiden y exigían que pusiéramos sus casetes de heavy metal y Queen en el coche.

La altiva presidencia de Giscard d'Estaing llegaba a su fin en un ambiente lento y pesado, a imagen de Raymond Barre, apenas amenizado por risibles historias de diamantes regalados por Bokassa y de aviones rastreadores de petróleo.

Las posibilidades de François Mitterrand, aliado con Georges Marchais, eran dudosas; la gente habría preferido a Rocard.

Mi madre, atropellada por un mal conductor que se dio a la fuga en diciembre, seguía hospitalizada.

Ahora podíamos ir a España sin remordimientos de conciencia desde que Franco había muerto, pero, paradójicamente, con un escalofrío de inquietud, a causa de los atentados de ETA, que, según se decía, pinchaban los neumáticos de los turistas. Temor olvidado al llegar a Pamplona y a las fiestas de San Fermín. Enseguida nos sumergimos en un vertiginoso júbilo de corridas de toros y música que no cesaba, con los cabezudos balanceándose entre los estrechos muros, todo lo que acababa de leer en *Fiesta (También sale el sol)*, de Hemingway, en quien pensaba mientras tomábamos chocolate con churros en el café Iruña, después de pasar por las calles flanqueadas por los orines de una noche regada con sangría. Había por todas partes jóvenes durmiendo a plena luz del día con la cabeza apoyada en la mochila. En Pamplona, no me imaginaba que ese viaje adoptaría en mi memoria el sentido de una prueba iniciática, preludio de otra vida, y cuyas etapas serían las ciudades recorridas en el Peugeot 504. Valladolid, donde se declaró la gastroenteritis de David; Salamanca, sobre todo Salamanca, y la Plaza Mayor, donde, tras una violenta discusión, me quedé toda una tarde, sola con mis hijos, hasta que se puso el sol, y fue un momento perfecto; Salamanca, donde todos los monumentos, el convento de San Esteban, la Casa de las Conchas, me recordaron el remoto verano en que fui allí con una amiga, en un 2CV, y busqué en vano el hotelito-cafetería donde nos alojamos, sin duda derribado. Toledo, el Tajo y el siniestro Alcázar. Soria, Alba de Tormes, Almazán. Philippe Ernaux filmaba febrilmente, estaba como ausente. En el constante cara a cara conyugal y familiar de un periplo turístico, estallaba lo que fácilmente enmascaraban las rutinas, las ocupaciones y los hábitos cotidianos, de suerte que se exacerbaban conflictos que normalmente se evaporaban con las tareas diarias de cada uno. De suerte que escribí en mi diario, con una lucidez más dolorosa aún por cuanto me recordaba otro verano, el de nuestro encuentro 17 años antes: *Estoy de más en su vida*. De regreso, antes incluso de llegar a Burgos, demasiado cansados para buscar el hotel que habíamos reservado, demasiado cansados de todo, nos detuvimos en un hotel de carretera con piscina cubierta y empleados con librea, decorado artificial cuyo lujo, que nos incomodaba, no impedía ver lo grotesco. Era una última parada muy cara, pero la nueva facilidad de pagar con "visa" fomentaba las locuras repentinas. Y también el sempiterno deseo de ofrecer a los niños algo que ninguno de los dos habíamos conocido en nuestra juventud. Pero ¿tendríamos talento suficiente para seguir soportándonos?